129560706

3

La Cuñada

LA CUÑADA,

DRAMA EN DOS ACTOS,

TRADUCIDO POR



D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.



MADRID
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAS.

EDUARDO DE REVANNES.
DAUPRAT, *médico.*
GUSTAVO DERNELY, *su amigo.*
REVIL, *tutor de Amelia y de Jenny.*
AMELIA, *muger de Eduardo.*
JENNY, *su hermana.*
HORTENSIA DAUPRAT, *amiga de las dos.*
JOSE, *criado de Eduardo.*
VICTORINA, *doncella de Amelia.*

La escena pasa en Paris en casa de Eduardo.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante; puerta al fondo que comunica con una antesala, á la izquierda de esta puerta una ventana por la que se ven los árboles de un jardin: á la derecha una puerta que conduce á las habitaciones, y otra á la izquierda. A este mismo lado y en primer término una mesa y un sillon.

ESCENA PRIMERA.

REVIL. JOSE. (*Revil, entrando por la puerta del fondo, y dirigiéndose á José que arregla los muebles.*)

Revil. Y bien, José, habeis ido á la casa de postas?

José. Sí señor. A las tres en punto estarán aqui los caballos.

Revil. Bueno. Id á mi gabinete, hallareis una maleta y la colocareis en mi berlina.

José. Sereis servido.

Revil. No toqueis ninguno de los papeles que están sobre la mesa. Yo mismo los llevaré á casa del escribano, antes de mi partida. (*José se va.*)

ESCENA II.

REVIL. JENNY, *que sale por la izquierda.*

Jenny. Vuestra partida.

Revil. (*Abrazándola.*) Jenny, buenos dias, hija mia.

Jenny. Felices, mi querido tutor.... Y la señora de Revil, porqué no ha venido con vos á Paris?

Revil. Mi esposa. Era imposible. Entonces quién se quedaria en Nantes para estar á la vista de nuestras fábricas. Pero y vuestra hermana Amelia, cómo está?

Jenny. Oh! Mucho mejor esta mañana: una noche tranquila, un sueño profundo.

Revil. Me alegro, con eso podré partir, verificar mi

marcha sin tanto sobresalto. (*Estremecimiento de Jenny.*) No sabeis que voy á Marsella?

Jenny. De veras?

Revil. Soy llamado por vuestra buena y anciana tia, que se interesa continuamente por vuestra suerte, aun despues que la abandonásteis para venir al lado de Amelia, que deseaba fuéseis la madrina de su primer hijo. Me comunica pues un proyecto para mejoraros en vuestra herencia, y como nada puede terminarse sin anuencia mia... Pero, ayer escribí todo esto á vuestro cuñado: no os ha dicho nada?

Jenny. Nada.

Revil. Es estraño, en qué diantres piensa? Tambien le habia encargado que tratase de averiguar si era verdad, que las atenciones de M. Gustavo.

Jenny. M. Gustavo!

Revil. Sí: me han dicho que está siempre en esta casa.

Jenny. Porque mi cuñado es amigo íntimo de colegio.

Revil. Oh, no os disculpeis, hija mia. Es un jóven de educacion, un abogado de nota.

Jenny. Aqui viene M. Dauprat.

Revil. Y vuestro hermano político con él.

ESCENA III.

Dichos. EDUARDO. DAUPRAT.

Eduardo. Segun eso, doctor, debo esperar?

Dauprat. Cómo es eso de esperar? Debe usted estar seguro en mi ciencia. Ya sabeis que me equivoco raras veces.

Jenny. (*Presentándoles á M. Revil.*) Caballeros.... mi tutor.

Dauprat. Ah, nuestro buen Revil. (*Se dan la mano.*)

Revil. (*A Eduardo.*) Os saludo, mi apreciable Eduardo, pero no os interrumpa.... Deciais...

Dauprat. Le decia á Eduardo que el estado de su esposa no presenta ningun síntoma alarmante.

Eduardo. Ojalá que acerteis. Pero ¿cómo no temerlo todo, cuando hace ya cinco meses....

Dauprat. Ah, diantre.... un primer niño, pero con todo, establecido su arreglo, con calma y con tran-

quilidad... sobre todo procurad ocultarla vuestras inquietudes. La afectan demasiado, y aun me temo si habrá tambien reparado cómo yo, lo triste y distraido que estais siempre á su lado, particularmente de póco tiempo á esta parte.

Eduardo. (*Lanzando á Jenny una mirada involuntaria.*) Yo!

Dauprat. Por lo demas, yo concibo vuestro fastidio. Ser el marido de una amable muger, jóven, á quien con el mayor placer se presentaria en las tertulias, en los teatros, en las funciones; y en vez de eso pasar aqui encerrado los dias enteros sin la menor distraccion; porque como no sea la presencia de Jenny, cuyo caracter apacible y divertido... (*La observa y la ve pensativa.*) quiero decir, alegre en otro tiempo, porque ahora tambien está desconocida. Vamos, vamos, tranquilizaos, os lo vuelvo á asegurar, la señora de Ravannes no corre ningun peligro y si gustais de que se convenza ella de esto mismo, empezad por manifestaros los dos mas contentos, menos apesadumbrados.

Eduardo. Pero en fin, doctor, á qué atribuir esta crísis?

Dauprat. Ah, bueno es eso, á qué atribuirla? A los nervios.

Revil. Sí, con efecto, los nervios. Tan fastidioso es ese mal para los que le padecen, como útil y cómodo para los médicos.

Dauprat. No creais una palabra; eso no querrá decir que yo no lo pronosticase ayer que pasaria una noche escelente, y asi ha sido en verdad: no es cierto Jenny?

Jenny. Muy buena.

Dauprat. Que! hoy por la mañana ya nos hemos encontrado con mas espíritu, con mas fuerzas. (*A Eduardo.*) Eh!

Eduardo. Es cierto.

Dauprat. Pues ahi está. Cuando yo anuncio una cosa es ya infalible.

Revil. Segun eso me será permitido el ver á Amelia.

Eduardo. Nos habia suplicado la dejásemos sola algunos momentos; pero siendo vos.... voy á decírselo. (*Hace intencion de salir.*)

Revil. No, no la incomodeis. Yo no parto hasta las tres. Y á propósito, Eduardo, os encargué dijeseis á Jenny..

Eduardo. (*Turbado, despues de mirarla.*) Dispensadme, se me habia completamente olvidado.

Revil. En castigo venid á mi gabinete, y os daré el regalo que traia para vuestra esposa y para Jenny.

Dauprat. Ah, sí, un producto de vuestros telares, elegantes tejidos.

Revil. Quién os ha informado..?

Dauprat. Quién? Vuestra compañera de viaje y cuñada mia la señora Dauprat.

Revil. Hola. Estais ya en armonía?

Dauprat. En armonía.... ahora... calla, con que no os ha dicho nada?

Revil. Ni una palabra.

Dauprat. Vaya que es rarísimo. (*Aparte.*) No querrá anunciar nuestro proyectado enlace, sino cuando esté ya bien segura. (*En voz alta y como si fuese á revelarles alguna cosa.*) Y bien, amigos mios, yo imitaré su reserva.

Revil. Os creia enemistados?

Dauprat. Oh, sin duda. Cuando murió mi pobre hermano me armó un pleitecillo, para distraerse sin duda de su duelo.... cáspita. No á todos les toca la suerte de tener un angel por cuñada, como á nuestro Eduardo: y esa Hortensia es por lo demas encantadora, discreta, con talento, con dotes esquisitas y mucha cabeza.... tiene una gran cabeza. Pero, escusadme, ya son cerca de las doce, y tengo tantas visitas que hacer... En fin, por si no nos vemos, buen viaje y quedad con Dios.

Revil. Mil gracias. Eduardo y yo os acompañamos tambien. (*Se van Revil y Dauprat.*)

Eduardo. (*A Jenny.*) Vos os quedais Jenny, no es verdad? Y si llamase Amelia...

Jenny. Tranquilizaos, no faltaré de esta sala.

Eduardo. Gracias, mil gracias. (*Eduardo se une con Dauprat y Revil. Jenny se sienta, y le sigue con sus ojos. En el momento en que han salido los dos primeros, Eduardo se vuelve para mirar á Jenny.*)

ESCENA IV.

JENNY *sola, mirando hácia la puerta por donde se han ido, despues de un momento de pausa.*

Cáunto se afana por su salud. Tantos desvelos, tanto amor. Dichosa Amelia, oh! sí, dichosa aun en medio de sus padecimientos, por verse tan querida de Eduarpo... Eduardo! Y mi tutor, quién le habrá dicho que M. Gustavo...? Ah! nunca, no, jamas me casaré... aqui viviré cerca de ellos, al lado de mi hermana. Pobre hermana mia que es tan buena... cuanto él la adora.

ESCENA V.

JENNY. AMELIA *se presenta en el cancel de la puerta de la derecha, y llama en voz baja.*

Amelia. Jenny....

Jenny. (*Estremeciéndose al ver á su hermana.* Amelia eres tú.... (*La coge de la mano y la lleva á un sillon de la izquierda.*)

Amelia. Es una sorpresa que quiero causar á nuestro tutor.

Jenny. Imprudente....

Amelia. Oh! no me regañes.

Jenny. Olvidais las órdenes del médico; «sobre todo que no salga de su aposento la enferma.»

Amelia. La enferma! Pues bien Jenny, ya ves que esa disposicion no habla conmigo. Y ademas él tiene la culpa, porque me ha vuelto las fuerzas.

Jenny. Será posible... no importa. No te hagas ilusion... Aqui (*Haciéndola sentar.*) en este sillon. Ah, un almohadon para tus pies.

ESCENA VI.

Las mismas, despues GUSTAVO.

Jenny. Ya está... Déjame ahora observarte. (*Se arro-*

dilla delante de Amelia y la mira con atencion.) Sí, sí es verdad; una mejoria maravillosa, y despues de la crísis de ayer....

Amelia. Que á todos os sobrecogió, á tí especialmente y á mi esposo Eduardo.... Cuál era su dolor!

Jenny. (*Se levanta y va á buscar un schal.*) Se me olvidaba.

Amelia. Qué sentimiento... él, que hacia largo tiempo se mostraba indiferente y como violento en mi presencia, muchas veces le he visto volver sus ojos para ocultarme sus lágrimas... Me han hecho tanto bien... Eduardo... todavía me ama.

Jenny. (*Volviendo á arrodillarse.*) Qué decias?

Amelia. Te digo que mis dolores, mi postracion han desaparecido.

Gustavo. (*Al entrar, en voz baja.*) Ah! está con su hermana.

Amelia. Sí, ya respiro, me siento renacer. (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Ya ha dejado de sufrir. Estoy buena.

Jenny. (*Estrechando sus manos con ternura.*) Qué felicidad!

Gustavo. (*Adelantándose hácia Amelia.*) Me permitis que sea el primero en daros el parabien.

Amelia. Senor Gustavo.

Jenny. Caballero... (*Se quiere levantar.*)

Gustavo. Por favor señorita.

Amelia (*Conteniéndola para que se arrodille.*) Ah! sí, no te muevas; estás asi tan bien. Recibo vuestras felicitaciones, y las agradezco en el alma. Sabeis que un enfermo es un rey; tiene su corte, sus aduladores. Todos le obedecen; antojos, caprichos, todo se le dispensa. Pero vuelve á la vida (*Mirando á Jenny.*) y entonces á Dios su poderío, á Dios todo, monarca desposeido, su prestigio decae, sus favoritos cambian de papel, y algunas veces hasta le reprenden.

Jenny. Y debes añadir Amelia, que á tal precio cada vez se sienten con mayor ánimo para regañar.

Amelia. (*Jugando con los rizos de Jenny.*) Querida Jenny, qué dichosa soy en tenerte á mi lado! Me estremece la idea de que llegue á restablecerme del todo y puedas acaso abandonarme segunda vez. Es

que debeis saber, caballero, que Jenny es el angel de mi guarda : ella es quien me consuela y me infunde valor. Pobre Jenny! cuánto has padecido por mí!...

Jenny. (*Levantándose y en tono de reconvencion.*) Amelia! Amelia!

Amelia. En vano querrías ocultármelo. Dime sino, qué se han hecho los puros colores de tus mejillas? Tu frente serena y apacible? En fin, todo va á terminar. Quiero restablecerme. Tengo la esperanza, un presentimiento de que asi será... Y entonces, Jenny mia, podré pagarte lo que te debo. Te llevaré al gran mundo, á los bailes, á las sociedades.

Jenny. En eso piensas?... en pasar las noches en vela y en fatigarte.

Amelia. Qué importa? si es para escogerte un esposo.

Gustavo. (*Con viveza.*) Acaso, señora, no tendrias que ir muy lejos para encontrarle.

Amelia. Qué decis, caballero Gustavo? Pero qué veo! ese aire de turbacion y de misterio...

Gustavo. Y bien, señora. El tiempo urge; yo esperaba hablar primero con esta señorita. Creí encontrarla sola en este momento; pero aunque sea en vuestra presencia...

Amelia. Es lo mismo; dos personas, pero solo una alma.

Gustavo. Entonces, delante de vos me atreveré á confesar...

Hortensia. (*Desde fuera riéndose á carcajadas.*) Ah, ah, ah, ah... Qué curiosidad! No, nada de eso, caballero; no sabreis una palabra. Ah, ah, ah.

Amelia. Pero... ah! Es Hortensia: la señora Dauprat. (*Aparte con disgusto.*) Tan pronto de vuelta.

Gustavo. (*Aparte, alejándose con aire turbado.*) Mi prima, Dios mio! Qué dirá de mi torpeza!

ESCENA VII.

Las mismas. EDUARDO. HORTENSIA. (*Eduardo entra dando el brazo á Hortensia.*)

Eduardo. Pero, señora!..

Amelia. (*Aparte.*) Eduardo en su compañía!

Hortensia. (*A Eduardo chanceándose.*) Os repito que se trata de vuestra cuñada: eso no os importa, y nada sabreis sino aqui delante de vuestra esposa. Ah! miradla, aqui está.

Amelia. (*Levantándose.*) Hortensia!

Hortensia. (*Abrazándola.*) Querida Amelia, aguarda. Oh! sí, es pasmoso! cuánto mejor estais!

Amelia. Sí, desde ayer.

Hortensia. En tan poco tiempo!

Amelia. (*Mirando con ternura á Eduardo.*) Oh! consiste en que ayer... estais? Ayer (*Recalcando la palabra*) han encontrado el verdadero lenitivo á mis dolencias...

Hortensia. Y M. Dauprat, el hombre infalible, ha tardado seis semanas para hallarle...

Amelia. Aun estais reñida con él?

Hortensia. Mas que nunca, Amelia; sobre todo, desde que me ha hecho presentar proposiciones (*Conteniéndose.*) de aveniencia; y á pesar de eso, como se interesa cuanto poseo, será preciso... (*Viendo á Jenny.*) Ah, Jenny! Buenos dias, ángel mio!... me alegro infinito de hallaros aqui.

Jenny. Señora!...

Hortensia. Tambien Gustavo!

Gustavo. Prima mia! (*Le da la mano á Eduardo.*)

Hortensia. (*Sentándose.*) Sublime... estamos el número completo.

Eduardo. (*Con inquietud.*) Cómo!.. qué quereis decir?

Hortensia. Volveis con preguntas?

Amelia. (*Aparte.*) Qué tendrá Eduardo? No me dirige la palabra, ni aun parece que ha reparado en que estoy levantada... Está embebido con Hortensia... Ah! todavía esta idea que me persigue...

Eduardo. No me quereis hablar sino delante de mi esposa; puesto que está aqui...

Amelia. Pero de qué se trata? Es asunto de importancia?

Hortensia. De importancia, eh! Nada menos que una negociacion en forma. Sí, amiguitas: en mí estais viendo un apoderado... un ministro plenipotenciario.

Vamos al caso. Amelia, hace algun tiempo que mi primo Gustavo, que aqui está presente, me pareció todo cambiado: el semblante lánguido y triste, distraido contínuamente.

Gustavo. Prima, esos detalles...

Hortensia. Tanto peor. Ahora me vengo yo. No puede ser menos, esclamaba yo. Gustavo, sin duda estais enamorado! Y cuando yo decia esto por chanza, cabalmente lo adivinaba.

Amelia. De veras?

Hortensia. Al menos asi me lo confesó, gimoteando y escusándose con su cortedad, que no le permitia declararse; de suerte, que era el hombre mas desdichado, el mas desdichado.

Amelia. Y vos os encargasteis entonces?...

Hortensia. Como que era su única parienta: de dar todos los pasos de ordenanza. Primero hacer un viage para ver á su tutor, y despues á mi vuelta una peticion en toda forma á la familia, con la condicion de que en el ínterin se declararia él mismo con la jóven señorita, que sin duda no le ha recibido del todo mal, cuando los veo juntos esta mañana.

Gustavo. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

Amelia. Segun eso, es mi hermana?

Jenny. Yo?

Eduardo. (*Con mucha prontitud.*) Jenny! Gustavo! Hablando de su amor, y sin confiar á ninguno de nosotros...

Jenny. (*Con viveza.*) Pero no, Eduardo, no. Este caballero no me ha dicho una sola palabra.

Hortensia. Hola! Cómo es eso, Gustavo?

Gustavo. Prima mia, es cierto. Veinte veces he venido con este pensamiento, y veinte veces al resolverme he abierto mis labios sin articular un sonido.

Hortensia. Pues entonces, habreis tenido otras tantas actitudes mímicas bien graciosas. Ah, ah.

Gustavo. (*Dirigiéndose á Jenny.*) Señorita, lo conozco. Debo aparecer ridículo á vuestros ojos, y sin embargo, esta timidez que me sobrecoge á vuestra vista, si pudiérais penetrar al fondo de mi corazon y ver de dónde nace... ah! vos que sois tan buena, no os burlaríais de ella.

Jenny. Burlarme? Lejos de eso, señor Gustavo, ¡qué lástima!

Eduardo. (*Con viveza.*) Qué escucho!

Jenny. Os causa sentimiento?

Hortensia. Esto equivale á una declaracion.

Amelia. Te agrada, hermana mia?

Jenny. Dejadme esplicar.

Hortensia. Es inútil... si no se exige mas.

Gustavo. (*Arrebatado de alegria.*) Qué felicidad! Ah! señoras! Amigo Eduardo! (*Le aprieta la mano.*)

Eduardo. (*Retirando su mano con fuerza.*) Repara que me rompes la mano!

Amelia. (*A Jenny.*) Serás tú dichosa?

Jenny. Hermana! Amelia! Haz que me escuchen... se equivocan... yo no he querido decir...

Amelia. Cómo! no le amas?

Eduardo. (*A Gustavo con vehemencia.*) No te ama Gustavo; no te ama.

Hortensia. Será posible!... Sin embargo... yo me entiendo... y creí haber notado en Jenny... digo, á no ser que esté enamorada de algun otro...

Jenny. (*Con viveza.*) Oh! de nadie.

Gustavo. Entonces, señorita, permitidme confie en que mis obsequios, mi constancia...

Jenny. No debo permitirlo, seria engañaros.

Eduardo. Vamos, amigo, un poco de ánimo... no podemos violentar el gusto de Jenny; pero por lo demas, cuanto esté de mi parte... (*Gustavo se impacienta.*) Oh! es el deber de un amigo de colegio; y para empezar, vas á demostrarme que no estás resentido conmigo, quedándote hoy á comer con nosotros, sin cumplimiento; comida de familia. (*A Hortensia.*) Nos acompañareis, señora?

Amelia. (*Aparte.*) Ese convite, ese tono de alegria.

Eduardo. Yo os lo suplico.

Hortensia. Y yo acepto.—Amelia, que no os sirva yo de estorbo para nada. Segun oí al señor de Revil, os encargó tuviéseis escrita una carta para vuestra tia, y asi...

Amelia. Es verdad... voy á escribirla. Eduardo, amigo mio, no venis á ayudarme?

Eduardo. Amada mia, con el mayor placer, si

no tuviese una ocupacion.... cierto negocio....

Amelia. Ah!

Eduardo. Jenny os acompañará.

Hortensia. No, se queda conmigo. Tenemos que hablar, mientras que Gustavo se llega á casa á decir que me envien el carruage.

Gustavo. (*En vòz baja á Eduardo, y con esperanza.*) Ya adivino, un nuevo esfuerzo en mi favor...

Eduardo. Tú crees?...

Amelia. (*Aparte.*) Decia á mi hermana que me acompañase, y sin duda, para hablar á solas con Hortensia.

Jenny. (*Que conversaba con Hortensia mirando á Amelia.*) Amelia, qué tienes, parece que estas sufriendo.

Eduardo. (*Acercándose.*) Será cierto? amiga mia. (*Intenta sostenerla.*)

Amelia. (*Se parando su mano con dulzura.*) No, Eduardo... No es nada. Que no turbe yo vuestra alegria. A Dios.

Jenny. (*A Hortensia.*) Dispensadme, señora. (*A Amelia.*) Voy contigo.

Amelia. (*Con estraòrdinaria prontitud y con energía.*) No, quédate. Tengo un placer en que no te separes de esta señora. (*Aparte, al dirigirse á su habitacion.*) Si fuese ella... Yo lo averiguaré. (*Se va.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO. HORTENSIA. JENNY.

Eduardo. (*Que acompaña á Gustavo hasta el fondo de la escena, se para y escucha.*)

Hortensia. Ahora bien, mi querida Jenny, sin duda adivinareis, por qué queria nos quedásemos solas. Y es para que me hableis con el corazon en la mano.

Jenny. Señora!

Hortensia. Ya nadie nos oye. (*Viendo á Eduardo.*) Señor de Revannes, todavia estais aqui?

Eduardo. No quisiera estorbaros... Buscaba unos papeles para Revil.

Hortensia. Aqui.

Eduardo. (*Señalando á un carton que hay cerca de la

ventana.) En esta caja, estoy ocupado, no puedo oiros aunque quiera.

Hortensia. Vamos Jenny, aqui para entre las dos, amais á alguno?

Jenny. Señora á nadie, ya os lo he dicho.

Hortensia. Esa es siempre la primera respuesta de una jóven doncella; lo que yo os pregunto, es vuestra última confesion, la del alma.

Jenny. La del alma... Os aseguro que por mucho que la pregunto, seria imposible que hallase en ella...

Hortensia. Ningun amor?... ni aun principio, ni aun síntomas... Miradlo bien... Estais segura?... Pues entonces es bien raro...

Jenny. El qué?

Hortensia. Me habia parecido notar hace ya bastante tiempo, como que lleva de fecha desde el casamiento de vuestra hermana, y aun desde antes.

Eduardo. Antes? (*Con un grito involuntario.*)

Hortensia. (*Volviéndose hácia él.*) Qué era eso?

Eduardo. (*Ojeando papeles.*) Nada.

Hortensia. (*A Jenny.*) Sí, en mil indicios que observaba yo en vos.... Estremecimientos repentinos, tan pronto pálida, tan pronto abochornada, qué se yo cuantas cosas: tanto que me decia, pobre niña, apenas diez y siete años cumplidos y ya enamorada.

Jenny. Pero de quién?

Hortensia. Eso es precisamente lo que yo trataba de averiguar; pero como á ninguno de nuestros jóvenes amigos dispensabais vuestra preferencia.

Jenny. Os aseguro que eso consiste en que ni aun tengo idea de ese amor que decis, y en cuanto á la enfermedad que me aquejaba á la época que citais, vuestro cuñado no ignorais que la atribuyó á la mudanza del clima.

Hortensia. Para los médicos la parte moral no existe. Ellos atribuirian á una fiebre cerebral el suicidio de Dido. Pero en fin, si vuestro corazon está libre segun decis, mejor para Gustavo. Yo os haré comprender que es un partido ventajoso, y para empezar...

Eduardo. (*Acercándose.*) Acabo de ver entrar vuestro carruage.

Hortensia. Ah! muchas gracias.

Eduardo. Gustais que os dé el brazo?

Hortensia. Para tan pocos escalones. No, no, continuad vuestro registro.

Eduardo. Ya he concluido.

Hortensia. Me alegro, con eso me ayudareis á ponderar á Jenny las brillantes dotes de Gustavo.

Eduardo. Y mucho que sí: un muchacho que en el colegio era siempre el primero... en el griego...

Hortensia. Nada de griego... Linda recomendacion para un jóven. Aseguradla sus bellas prendas, su amabilidad, sus adelantos en la carrera, su talento para el foro.

Jenny. Y sin embargo, no le habeis confiado vuestro proceso.

Hortensia. Intervinieron otras razones.

Eduardo y Jenny. Y cuáles fueron?

Hortensia. Por mi propia seguridad me he acostumbrado á vivir lejos de mi pariente... Pobre jóven, cada accion, cada desprecio mio, es un elogio que tributo á sus cualidades.

Jenny. Y tanta prudencia, á qué fin?

Hortensia. Os parece escesiva. Pues en punto de precaver nuestro corazon, es en lo que nunca se hará nada de mas. Nosotras las mugeres si faltamos á los deberes de la virtud, nunca lo hacemos premeditadamente. Todas los respetamos: y asi es que cuando una persona estraña, un cualquiera, se nos cuelga á la oreja, su porfiar, su empeño en agradarnos, todo nos manifiesta el lazo que se nos arma, y nos da tiempo para evitarle. Pero los parientes, Oh amiga! los parientes, es una cosa enteramente al revés. Estos van á traicion.

Jenny. Qué dice?

Hortensia. Todos los dias á su lado, se les llega á ver ya con abandono, sin consecuencia: el encanto que nos inspira su presencia, se atribuye al trato, ó cuando mas á la amistad. Y quién percibirá distintamente, el punto de contacto, en que aquella espira y renace el amor? Cómo guardarse de él? No es natural el querer á su familia? No es hasta una prueba de buenos sentimientos?... Y precisamente por buenos sentimientos se pierden las mugeres.

Jenny. (*Aparte y con turbacion.*) Ah!

Eduardo. Esa chanza.

Hortensia. Es demasiado seria, y por no haberse guardado contra las seducciones de sus parientes, acaso mas de una jóven... (*Viendo á Jenny tan conmovida.*) Qué teneis Jenny? estais muy agitada.

Jenny. Yo?

Hortensia. Sí, no hay duda, su mano trémula, su turbacion. (*Sonriéndose.*) Ah Jenny, Jenny. Vos amais á Gustavo mas de lo que creeis vos misma.

Jenny. Señora!

Hortensia. No me lo negueis, lo que os acabo de decir ha producido su efecto.

Jenny. (*Aparte.*) Ah!

Hortensia. Ah no me engaño: tengo yo una penetracion... Bien... bueno vá, os dejo... para que reflexioneis tranquila... Amadle á vuestras anchuras... Nadie os atosiga... nada, con libertad.

Eduardo. (*Acompañándola.*) Señora.

Hortensia. Quedaos, no la dejeis sola; ó yo me equivoco mucho, ó se ha obrado en su alma una revolucion instántanea. Aprovechad esta coyuntura... terquead... Apretadla firme. No la dejeis tiempo para respirar, y es de mi primo. Yo vuelvo á participarle tan agradable noticia.

ESCENA IX.

EDUARDO *y* JENNY.

Jenny. Dios mio! si fuese cierto! (*Despues de un momento de pausa, se vuelve y vé á Eduardo, que tiene sus ojos clavados en ella.*) Vamos. Ya estoy resuelta.

ESCENA X.

EDUARDO *solo.*

Se va, sin hablarme, sin dirigirme una mirada. Tiemblo, de comprender demasiado bien los sentimientos que la agitan. Yo... yo... ser amado de ella! (*Viendo á su esposa.*) Amelia!

ESCENA XI.

EDUARDO *y* AMELIA.

Amelia. (*Aparte.*) Todavia aqui? (*A él.*) Y aquel asunto tan urgente?

Eduardo. En efecto, vos me lo recordais. Revil me espera en casa del escribano.

Amelia. (*Aparte.*) Qué agitacion? (*A él.*) Y lo habias olvidado? (*Mirándole con atencion.*) Preciso habrá sido, que os ocupase algun asunto de grande interes.

Eduardo. Oh Dios mio! Hablaba, estaba hablando...

Amelia. Con Hortensia?

Eduardo. Sí, sí con Hortensia.

Amelia. Ah, pero y mi hermana no estaba aqui?

Eduardo. Jenny? No me acuerdo. (*Aparte.*) Ocultémosla mi turbacion. Pobre Amelia, que no sepa jamas...

Amelia. (*Aparte.*) Sin duda, la habrán hecho que se retire. (*A Eduardo.*) No os detengais por mí.

Eduardo. Sí, ahora iré... Pero, amiga mia, me parece que estais mas acongojada que esta mañana.

Amelia. Sí, es verdad, el cansancio, la atencion que he puesto en escribir esa carta, sin duda... (*Aparte, con dolor.*) Ah!

Eduardo. Apoyaos en mi brazo, bajemos al jardin, lo puro y despejado del ambiente disipará tal vez...

Amelia. (*Retirando su mano.*) No, prefiero quedarme aqui... marchad, amigo mio. Revil os aguarda, decidle que yo tambien deseo despedirme de él.

Eduardo. Como gusteis. Te dejo, pero cuanto antes estaré á tu lado de vuelta.

ESCENA XII.

AMELIA *sola.*

Segun eso no me habia equivocado. Eduardo, oh sí, yo he leido en sus ojos su turbacion. Ama á Hortensia. Y Hortensia, mi mejor, la mas fiel de mis amigas, engañarme tan cruelmente! Bien sabe que el amor de

Eduardo es mi vida, toda mi vida... No, Hortensia será inconsiderada, ligera, pero... y qué hacer...? qué pensar entonces...? A quién confiar mis penas?

ESCENA XIII.

AMELIA. JOSÉ *atraviesa la galeria con una caja de carton, y habla entre bastidores.*

José. Sí, sí... señorita Jenny.

Amelia. Jenny, es verdad... Mi hermana... sí á ella.

José. (*Que se detiene á escuchar como si le hablaran desde fuera.*) Las cajas? Descuidad señorita, ya las arreglaré yo de modo que quepan en la berlina.

Amelia. (*En la berlina.*) Qué significa esto? (*Llamando.*) Eh, José.

José. (*Entra.*) Señora!

Amelia. Con quién hablabais?

José. Con vuestra hermana, y acerca de lo que ha de llevar.

Amelia. Lo que ha de llevar... un coche. Todo esto es bien raro.

José. No es verdad que sí? Lo mismo dije yo cuando la señorita Jenny me dijo que iba á ausentarse.

Amelia. Ausentarse Jenny, qué decis José? Estais delirando.

José. (*Mirando al lado izquierdo.*) Si gustais desengañaros, señora, aqui viene ella misma, que podrá repetíroslo...

Amelia. Basta. Retiraos, y esperad mis órdenes. (*Hablando consigo misma.*) Oh! no, no puedo persuadirme de ello.

ESCENA XIV.

AMELIA *y* JENNY.

Jenny. (*Aparte, con aire triste y embarazado.*) Aqui está. Ah! si yo hubiese sabido... (*Se miran un instante en silencio, y de repente se estrechan ambas entre sus brazos llorando.*)

Amelia. Jenny... seria cierto?... Quieres partir? y sin embargo, tú me habias prometido...
Jenny. Sí, pero despues he reflexionado... y el temor de disgustar á nuestra tia...
Amelia. Tú no le tienes de afligirme á mí?
Jenny. Y te atreves ni aun á pensarlo? Si mi permanencia aqui, fuese necesaria... Pero gracias al cielo, el médico asegura que estais libre de todo peligro.
Amelia. El médico... tú no ves entonces... Mírame bien, y ten aun valor para repetirme que tus cuidados me serian inútiles.
Jenny. (*Asombrada y mirándola.*) Ah... en efecto... Amelia!
Amelia. (*Apoyando sobre su corazon la mano de Jenny.*) Aqui... ya lo ves... Aqui estan mis dolores. Ah, Jenny... No te separes de mi lado... No me abandones... si supieras...!
Jenny. El qué? Dios mio! Amelia, dímelo, me haces estremecer.
Amelia. Sí, todo lo sabrás; mi hermana tiene un derecho á conocer el secreto de mis dolores; ella que con su ternura y amistad ha logrado dulcificarlos tanto tiempo, y entonces Jenny estoy segura que no me abandonarás ya.
Jenny. Habla.
Amelia. Hace meses que á todos os admira este mal que me aqueja tan de pronto, tan inesperadamente. Cuando yo te descubra su origen...
Jenny. Y bien?
Amelia. Y bien, oh Dios mio! No sabrás comprenderme: apenas yo misma acertaré á esplicar lo que en mí pasa, pero sufro; soy muy desdichada. En fin, Jenny... estoy celosa. (*Con misterio.*)
Jenny. Tú? y de quién?
Amelia. No lo sé, pero se me figura que Eduardo no me ama como antes.
Jenny. Qué idea, pues yo le noto el mismo amor para contigo.
Amelia. El mismo? Te parecerá asi. Es verdad que se muestra solícito, afectuoso, pero no es aquella apasionada ternura de otros tiempos. Me amaba tanto! yo has podido tú verlo, no estabas con nosotros: pero

ahora está tan sombrio, tan macilento; si por casualidad mis ojos se encuentran con los suyos los aparta como aterrado, cual si temiese que pudiera leer en ellos.

Jenny. En verdad te equivocas.

Amelia. Oh no! Muchas veces he querido participarte mis sospechas, porque coinciden casi con la época de tu venida, pero he callado, porque yo misma me avergonzaba de concebirlas. Acaso mucho tiempo hubiese vivido en el mismo engaño, si un suceso...

Jenny. Cuál? acaba.

Amelia. Fue pocos dias antes del nacimiento de mi hija. Bien te acordarás. Eduardo y tú no quisisteis dejarme sola ni aun durante mis sueños, y velábais juntos á la cabecera de mi lecho. Una noche, en que porfiaba con Eduardo para que se retirase á descansar algunas horas, repitiéndole que me sentia mucho mejor, me dijo, no, no, mañana, mas tarde, y permaneció como siempre sin separarse de mi lado: viendo que mis palabras no le convencian, para decidirle á que descansara, fingi quedarme dormida y bien pronto rendido él tambien de debilidad y cansancio cerró sus ojos. Al resplandor de la lámpara consideraba yo los rasgos tan interesantes de su fisonomia, cuando de repente los veo contraerse como si le afectase en su interior alguna terrible lucha de sensaciones. Lanzaba su comprimido pecho, débiles suspiros y palabras entrecortadas. Amelia! engañarla yo!... burlar su confianza, no, no jamas. Antes huir de tí, querida mia. (*Cogiendo la mano de Jenny.*) Un nombre espiró en sus labios.—Estais helada.

Jenny. Y ese nombre?

Amelia. No pude oirle. Pero y qué importa, no sabia ya demasiado? Desde entonces una fiebre abrasadora continua: perdí mi razon, mi salud.

Jenny. Ah! con que proviene de entonces?

Amelia. Y eso te maravilla? Ah Jenny, es que tú no sabes, no sabes bien todavia lo que es amar.

Jenny. (*Aparte.*) Ah.

Amelia. Cómo comprenderás tú mis martirios!

Jenny. Hermana mia, sosiégate... Eduardo engañarte. Oh no: tú dicha le es demasiado querida. Te ama sí, yo

lo sé, y que solo es á tí. Tengo mil pruebas.

Amelia. (*Con esperanza.*) Jenny, te parece que... No has advertido nunca... Yo creí reparar.... Hoy mismo... cuando os dejé aqui con Hortensia Eduardo se escusó de acompañarme.

Jenny. Nuestro tutor le habia encargado buscase ciertos papeles, y en tanto hablaba yo de su primo con la señora Dauprat.

Amelia. Y despues te fuiste?

Jenny. Sí: un momento despues de despedirse Hortensia, y quedó Eduardo solo.

Amelia. Solo? Ah! (*Aparte.*) Pero entonces, por qué me decia hace poco... (*A ella.*) Estas cierta?... jamas has reparado que á nadie...

Jenny. Estoy bien segura. Engañarte. Entre todos los que te rodean, no hay quien dude en sacrificar su reposo, su misma vida, por evitarte un sentimiento, una lágrima...

Amelia. Sí; quiero creerte. Qué bien hice en confiarme á tí? Tú siempre me has anunciado la felicidad!... Jenny, nunca me abandonarás? no es verdad? No me respondes?... Ah! tú ya no me amas...

Jenny. Amelia... (*Aparte.*) Cielos!... Qué resolveré...

Amelia. Insensible á todas mis súplicas...Ya lo conozco: estás ya cansada de sacrificarme todos tus placeres!...

Jenny. Por Jesucristo!

Amelia. Tienes razon. Yo soy bien cruel y egoista. Pero yo enmudeceré; no fatigaré tus oidos con mis querellas.... las ahogaré dentro de mi corazon, aun cuando allí lo destrocen.

Jenny. Oh! ya es demasiado... calla... calla... Estas reconvenciones... tus lágrimas... No puedo resistirlas... No te abandonaré...

Amelia. (*Abrazándola con transporte.*) Jenny! ah! Jenny! No temo ya la desgracia!... Seremos dos para resistirla...

Jenny. (*Aparte.*) Si supiese...

Eduardo. (*Desde fuera.*) José, que estamos en casa de mi esposa...

Revil. (*Idem.*) Y en cuanto vengan los caballos...

Amelia. Alguien se acerca. No me dejes... que yo te vea siempre junto á mí, á mi lado...

ESCENA XV.

HORTENSIA. EDUARDO. REVIL. AMELIA. JENNY. GUSTAVO.

Hortensia. (*A Revil.*) He venido precipitada, para estar aqui antes de vuestra marcha.
Gustavo. Y tanto, que ni aun ha abierto una carta que han remitido.
Revil. (*Acercándose á Amelia.*) Amelia!
Amelia. Ah! Revil! (*Se abrazan.*)
Eduardo. Antes os le hubiera conducido, si no fuera por el escribano. (*Revil y Amelia hablan para sí: Gustavo se acerca á Jenny.*)
Gustavo. Señorita, deberé dar crédito á mi prima? Seríais acaso menos opuesta á mis deseos?...
Jenny. Oh! podeis estar seguro que cuanto dependa de mí, haré de modo que...
Gustavo. Qué amable sois! (*Eduardo se acerca y habla en voz baja con ellos.*)
Hortensia. (*Abriendo la carta.*) Me permitis, Amelia?...
Amelia. Como gusteis.—Y estais resuelto á partir? (*A Revil.*)
Revil. Sí; para pensar en vuestros asuntos, en vuestro porvenir.
Hortensia. (*Despues de leer.*) Cielos!...
Todos. Qué es eso?
Hortensia. Amigos, estupenda noticia, y que teneis derecho de saber antes que ninguno. Me caso.
Todos. De veras?
Amelia. Os casais, Hortensia? (*Aparte y observando á Eduardo.*) No se ha turbado; Jenny tenia razon. (*Con alegria.*) Ah!
Hortensia. Parece que os admira!..
Amelia. Por el contrario... Me satisface mas de lo que pensais... Os doy la enhorabuena de corazon.
Revil. Y todos nosotros.
Hortensia. Gracias, amigos mios; no hay de qué.
Eduardo. Pero habernos hecho ignorar!...
Hortensia. Ni yo sabia nada; porque hasta ahora no se habia resuelto definitivamente. Son tan plomos en la Chancillería...

Gustavo. La Chancillería?
Revil. Pues cómo?
Hortensia. Toma!... para las dispensas.
Todos. Las dispensas?
Amelia. Pues qué os casais con algun tio ó sobrino vuestro?
Hortensia. No los tengo.
Gustavo. Entonces, quién es ese marido?

ESCENA XVI.

Dichos y DAUPRAT.

Dauprat. Yo.
Todos. Dauprat?
Dauprat. (*Dirigiéndose á Hortensia.*) Yo mismo, que acabo en este instante de obtener la autorizacion para casarme.
Todos. (*Menos Hortensia.*) Con vuestra cuñada?
Revil. Pero y qué? Es permitido?
Dauprat. Pues, sí señor. No os acordais de la ley de 1832, que deroga el artículo que prohibia los enlaces entre cuñadas y cuñados?
Jenny. (*Estremeciéndose y retirando su mano de entre las de Amelia.*) Qué dice?
Amelia. (*Que la mira sonriéndose.*) Pero, y qué tienes, y qué puede interesarte?
Jenny. A mí?... nada... nada...
Dauprat. De modo, que estais todos convidados á mi boda dentro de quince dias.
Amelia. (*A Hortensia.*) Hortensia, será posible?.. Con el hermano del...
Hortensia. (*Procurando sonreirse.*) Qué he de hacer? Ya que la ley nos permite terminar asi nuestras disensiones ruinosas...
Dauprat. Oh! y al fin, esta es una ley bienhechora, de paz y de union.
Gustavo. De union sí... lo que es de paz...

ESCENA XVII.

Dichos y JOSÉ.

José. Señor, el coche está esperando.
Amelia. Y qué... tan pronto.
Revil. Es indispensable. Y la carta para vuestra tia?
Amelia. Aqui está.—Adios, padre mio!
Revil. Eduardo, amigos mios, velad por ella... Jenny? (*Jenny ha estado distraida durante toda esta escena, hasta que Amelia la coge de la mano.*)
Amelia. No vas á despedirte tú?
Jenny. (*Estremeciéndose.*) Qué, se marcha?
Amelia. (*Asombrada.*) Pues qué, no lo has oido? (*Aparte mientras Jenny abraza á Revil.*) En qué pensaba entonces? (*Como herida de una idea repentina.*) Ah!... (*Como rechazándola con energía.*) Oh!... no. (*Revil sale acompañado de todos. Amelia permanece inmóvil junto al proscenio.*)



ACTO SEGUNDO.

Salon: puerta al fondo que comunica á una galería: puertas laterales. A la derecha un espejo: á la izquierda, y en primer término, un escritorio cerrado.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ. VICTORINA. *Despues* AMELIA.

José. (*A Victorina.*) Os repito que estoy impuesto.... Sí, ya estoy enterado... flores aquí en la galería, y como despues se bailará en el salon, se colocarán las mesas de juego en la biblioteca y en el aposento del señor de Revil. Podeis decir á la señora que antes de diez minutos estará todo listo. (*Se marcha.*)

Victorina. Bueno.

Amelia. (*Entra por la derecha.*) Ah, Victorina! Hablábais con José?

Victorina. Sí, señora.

Amelia. Ya sabreis que él debe colocarse en la antesala para ir anunciando.—Jenny se lo habrá advertido... Dónde está ahora?

Victorina. Me parece que en la galeria.

Amelia. La habeis visto?... Qué hermosa está!.. cualquier adorno la sienta tan bien...

Victorina. Con efecto...

Amelia. (*Con impaciencia.*) Pero qué tiene este vestido, Dios mio! A ver, Victorina.... se me figura.... El de Jenny la caía tan bien... Miradme, arreglad todo este lado... Creí escuchar... acaso será Eduardo... Daos priesa... Luego, este prendido de cabeza... Dios mio!... qué... si estas no son las flores que yo queria!... Las de Jenny eran de mejor gusto: por qué no me las han dado iguales?

Victorina. Señora, estais equivocada. La señorita Jenny no lleva flores.

Amelia. Ah!... es posible!... Yo creia... Está bien... retiraos. (*Victorina se va. Amelia se mira en el espejo.*) Sí, sí; Eduardo deberá estar satisfecho... Desde ahora pondré mas esmero en mi tocador, no para los estraños, ni por coquetería, sino para Eduardo, para él solo... A fin de combatir su indiferencia y reanimar su ternura; porque ese es siempre mi pensamiento, mi ambicion, mi vida...

Eduardo. (*Desde fuera.*) Bien; está bien... Ya hablaremos... El qué?

Amelia. (*Estremeciéndose.*) Es él!... No quiero pensar en mis sospechas, al menos el dia de hoy, el aniversario de nuestras bodas... Este dia debe anunciarme felicidades. Aqui llega... No se imagina él, encontrarme tan ataviada. Oh!... quiero gozar de su sorpresa cuando lo advierta. (*Volviendo á mirarse en el espejo.*) El último golpe de vista... Qué tal estoy?... Ah! bien, sí... tengo esperanza. Dios mio, haced que le agrade.

ESCENA II.

EDUARDO *y* AMELIA.

Eduardo. (*Hablando entre sí al entrar.*) Pues, señor, ahora prevengamos á Jenny. (*Reparando en Amelia.*) Amiga mia, vos aqui?

Amelia. Sí, Eduardo... He venido... queria consultar á Jenny sobre mi tocado... (*Apoyando la palabra.*)

Eduardo. Ah! bien hecho... Tiene un gusto tan delicado...

Amelia. Estaba segura de agradaros en ello: ¿no es bien natural que trate de hacer los honores á una fiesta que haceis por mí... y en celebridad de unos recuerdos que me son tan queridos?...

Eduardo. Y no lo son para vos únicamente.

Amelia. Oh! no... no es verdad...?

Eduardo. Sin duda; y la prueba es (*Amelia se acerca como para recoger una palabra de ternura*) que entre nuestros convidados, tendreis uno á quien no esperábais de ningun modo.

Amelia. Ah! y era cuanto teníais que decirme?...

Eduardo. Revil ha precipitado su vuelta, para hallarse en nuestra pequeña funcion.

Amelia. Es verdad... mi tutor... me ama tanto..

Eduardo. Llegará esta noche á Paris segun se lo ha escrito á Gustavo, el que me lo ha dicho y he venido corriendo á participaros tan agradable noticia.

Amelia. Os estoy reconocida. (*Aparte, con sentimiento.*) Nada ha visto... en nada ha reparado... Ah, ingrato; si él supiese que una palabra... sí, una sola palabra hubiera derramado en mi corazon la felicidad y la alegría! (*Se vuelve para ocultar sus lágrimas.*)

ESCENA III.

Dichos. JENNY.

Jenny. (*Trae dos ramos en la mano.*) Toma, Amelia. Aun no tienes ramillete... Quieres este?

Amelia (*Tomándole.*) Gracias.

Eduardo. Jenny... Ah, qué bella estais asi!

Jenny. Yo... Pues mi trage es bien sencillo.

Eduardo. Pero os cae con tanta gracia...

Amelia. (*Aparte.*) Cómo repara en ella...

Eduardo. El gusto es el principal de los adornos, y vos teneis tanto.

Jenny. Hermano...

Amelia. Qué porfiar en lo mismo!

Jenny. No soy yo la que merece alabanzas; mi hermana sí. No habeis reparado?

Amelia. Jenny, deja, déjalo.

Jenny. No por cierto. Tengo un empeño en que fijen su atencion. Vamos que para una enferma...

Eduardo. (*Turbado.*) Sí, es cierto. Eso mismo estaba yo pensando en este momento.

Amelia. (*Aparte.*) Lo estaba pensando! (*Por un movimiento involuntario deshoja el ramillete.*)

Jenny. (*Volviéndose.*) Pero, qué haces, Amelia?

Amelia. Ah... ni lo sabia... Estaba tan distraida.

Jenny. Yo que habia puesto tanto cuidado en escogerlas!

Amelia. Perdona, Jenny, perdóname.

Jenny. Vaya, voy á suplir la falta.

ESCENA V.

Dichos. DAUPRAT. HORTENSIA.

Dauprat. Amigos mios... Algo nos hemos adelantado en venir, pero ha sido exprofeso para hablar de vuestra salud.

Amelia. Gracias... Siempre vuestra.

Hortensia. Oh, para mi marido las consultas sobre todo... en todas partes... hasta en los bailes. Mirad si es cierto lo que Jenny nos ha dicho. (*Señalando á Amelia.*) Su color vivo, animado.

Dauprat. (*Tomando el pulso á Amelia.*) Sí mucho calor y algo agitado el pulso... os retirareis pronto á descansar.

Hortensia. Ah! pues no faltaba mas. Mañana descansará. Quereis privarnos tan pronto de su compañía? A mi cargo queda el distraerla; hablaremos.

Amelia. (*Esforzándose por aparentar alegría.*) Si de vuestro nuevo casamiento... Sois muy dichosa no es verdad? Dauprat será un escelente marido?

Hortensia. Quién, él? el mayor déspota.... como todos.

Dauprat. Ah, ah, queridita.

Amelia. Mas de qué estais quejosa?

Hortensia. De su horrible conducta. Lo mismo fué entregarle la chancillería la dispensa que solicitaba, me la llevó corriendo, como si le pusiesen á una un puñal al pecho... Ni me dió tiempo para volver en mí; diantre, me aturde, me fascina, me va llevando donde quiere.... Me hace firmar, rubricar, jurarle fidelidad, obediencia. Yo lo hago á ciegas, sin saber qué.

Dauprat. Tanto peor; á mí me es igual, tan buena y valedera es la firma.

Amelia. Por último...

Hortensia. Por último, me festeja con una comida, despues baile de boda. Todos habeis asistido... Me instala en su casa pomposamente... soy su muger, su muger, tan irrevocablemente cuanto es posible.

Dauprat. Hola!

Hortensia. Mas no del todo. Y es que mi señor esposo me habia hecho olvidar una cosa...

Todos. Cual?

Hortensia. Las dispensas de Roma; por el correo de hoy enviamos á pedirlas. Ahora bien me querrás decir, para qué nos servirán cuando lleguen. (*Todos se rien.*)

Dauprat. Ah, ah, qué diablo. Un pecado de omision, pecado venial. Ademas la córte de Roma, no se queda corta en indulgencias. Por otra parte, creo que no sentireis la ley que autoriza que se casen los cuñados.

Hortensia. Callad.

Gustavo. Yo he oido á varios jueces censurar semejante ley.

Daupart. Bah!

Hortensia. Quereis esplicarme qué tiene de malo?

Gustavo. Dicen, prima mia, que puede escitar entre las familias zelos y animosidades, inspirar á corazones obcecados criminales deseos, abominables pensamientos sobre la vida de los mismos parientes á quienes tanto deberian amar.

Amelia. (*Interrumpiéndole.*) Caballero Gustavo, amigos mios, ya es hora de que vayan viniendo convidados, acaso ya habrá algunos en el salon, y podriamos ir.

Dauprat. Nada mas justo. Aqui no se trata de discutir leyes, sino de divertirse; y en punto á proporcionarnos placeres, las damas son nuestras supremas legisladoras. (*A Amelia.*) Señora! (*La ofrece su mano Gustavo á Hortensia y se van todos menos Eduardo.*)

ESCENA VI.

EDUARDO *solo.*

Ah! respiremos, estaba en un potro. Maldito sea ese calavera de Gustavo, que me importuna con sus eternas quejas, y con sus mas necias habladurías. Celoso yo de mi cuñada! Ay, por desgracia es cierto. Ayer venia á interesarme por mi amigo segun se lo ofrecia. Vanos esfuerzos, á la vista de Jenny solo pude hablarla de mi amor; si, yo no sé cómo se lo declaré. Ella huyó de mí horrorizada. Huyó! Si la fuese indiferente, hubiera evitado mi presencia? No hay que

dudarlo; mis inquietudes, mis tormentos, tambien participa de ellos. Jenny me ama, y yo me vanaglorio! Ah infeliz! Y Amelia, Amelia que me adora con tal estremo: mi muger, la madre de mi hijo.... No, aun es tiempo, levantemos entre Jenny y mi amor una barrera insuperable. Es un deber: Yo tendré valor. Aqui viene Jenny; pensemos en Amelia.

ESCENA VII.

EDUARDO *y* JENNY.

Jenny. Os venia buscando... Qué ha sucedido? que le han dicho á mi hermana que la encuentro tan mudada para conmigo.

Eduardo. Amelia!

Jenny. Sí, hacé un momento en el salon, se me figuró advertir que me miraba con ojos sombríos y rencorosos.

Eduardo. (*Aparte.*) Cielos! (*En voz alta.*) Os habreis equivocado.

Jenny. Ayer acaso yo misma lo hubiese creido asi; pero ahora... despues que...

Eduardo. Ah perdon, perdonad las palabras de un hombre aturdido y ciego... olvidad mi secreto.

Jenny. Y qué importa que yo le olvide, si permitis que lo adivinen los demas. Sí, me lo ha repetido muchas veces. Vos sois su felicidad, su vida... y si llegase á dudar de vos; todo lo temo... Pobre hermana mia, y ser yo la causa! No, sacadme de tan penosas dudas: qué ha sucedido? ó tendré que dirigirme á ella misma para saberlo?

Eduardo. Esperad... Lo quereis, yo os lo diré. Ahora mismo llegó Gustavo exigiendo de mí una esplicacion que á costa de mi sangre hubiera querido escusarle. Fué delante de Amelia, á quien él hizo juez, empeñándose en que me preguntára porque nunca os hablaba yo de su amor, y aun parecia que ponia obstáculos á vuestro enlace. Me echó en cara mi asistencia á vuestro lado; por último dijo á mi esposa que yo tenia zelos de mi cuñada.

Jenny. Gran Dios! y mi hermana ha concebido sospechas! y es en contra mia!

Eduardo. Tranquilizaos: Gustavo lo dijo en burlas. Amelia no ha podido creer...

Jenny. Y quién os asegura que mas adelante...! Oh no, no; el porvenir de mi hermana no debe confiarse al acaso... Buscad, pensad un medio de serenar su espíritu, de desvanecer para siempre sus recelos.

Eduardo. No hay mas que uno.

Jenny. Cuál...? No me lo decis?

Eduardo. En vos consiste.

Jenny. Tanto mejor, hablad.

Eduardo. (*Aparte.*) Animo. (*Alto.*) Gustavo os ama, pronunciad una palabra y...

Jenny. Yo: qué me proponeis? Me ama decís, y en cambio de su ternura le engañaria yo!

Eduardo. Oh no, Jenny,

Jenny. No puedo hacer algun otro sacrificio por mi hermana. Yo le acepto... Y sin saberle, me obligo. Oidme; vivir con Amelia, velar por sus dias, tales eran mis esperanzas de felicidad. Y bien á todo he renunciado, y me alejaba de ella.

Eduardo. Será cierto? y esa marcha inesperada, que no sabiamos á qué atribuir...

Jenny. No me lo pregunteis. Y bien: debo separarme segunda vez! decidlo? Antes de ocasionar la mas leve incomodidad en su vida, estoy pronta á partir, sí, aunque me acuse de ingrata, de desnaturalizada. La amo demasiado para no volverla á ver á ella... mi hermana. (*Llorando.*) No importa, decídmelo.... Lo exijís de mí?...

Eduardo. Ah, no basta. Las lágrimas de Amelia os harian permanecer aqui, no podriamos evitar el vernos, sin despertar mayores sospechas. Los lazos que nos unen nos comprometen á vivir asi.

Jenny. Ah!

Eduardo. Consentid en ser esposa de Gustavo. Apresuraos: mi razon se estravia, mañana acáso no tendria valor.

Jenny. Basta, basta... Es preciso separarnos. Bien: á todo me convengo, aun cuando para siempre me haga desventurada.

ESCENA VIII.

Dichos y AMELIA.

Amelia. (*Entra por la puerta del fondo. Aparte.*) Desventurada. ¿Y por qué?

Eduardo. Jenny, querida Jenny, calmaos.

Jenny. (*Viendo á Amelia.*) Mi hermana!

Eduardo. (*En voz baja.*) Silencio. Quereis que todo lo adivine?

Amelia. (*Aparte.*) Pero qué tendrá. (*A Jenny.*) Podria yo saber?

Eduardo. Sin duda; y participarás de mi satisfaccion cuando sepas lo que he descubierto. Cada dia te lamentabas de la mudanza que se observaba en el caracter de Jenny.

Amelia. Sí en verdad..

Eduardo. Ya sé el motivo, la he sonsacado el secreto de su tristeza.

Amelia. Ah!

Edu. Ya me lo sospechaba yo; la pobre estaba celosa.

Amelia. Celosa... (*Acercándose á Jenny.*) Tú celosa! qué mal tan cruel, no es verdad, qué martirio tan insoportable! Ah, amar, amar con pasion, y decirse «el que yo amo adora á otra muger.»

Jenny. Hermana!

Amelia. Sí, ya lo ves, los celos, es delirar, es una especie de locura. Y no hay pensamiento por atroz que sea, que no halle cabida en el alma.

Jenny. Dios mio!

Amelia. Y por qué permaneces tan silenciosa y trémula?

Jenny. Yo!

Amelia. Conoces que tengo motivos para estar quejosa de tí. No decirme nada. Qué temias de una hermana que te mostró tanta ternura, que jamas te habia engañado.

Eduardo. Oh! esto es menos sério de lo que piensas... por cualquier apariencia suponeis al instante... Jenny, solo porque Gustavo iba escascando sus visitas y porque en el último baile le vió obsequioso con alguna otra, se figura ya...

Amelia. De veras?

Eduardo. Yo la he desengañado.

Amelia. Has hecho bien, porque entonces Jenny no rehusará.

Eduardo. Casarse? no ciertamente.

Amelia. Y bien, Jenny, respóndeme. Lo que acaba de asegurarme Eduardo...

Jenny. Es la verdad.

Amelia. Lo celebro, y alégrate tú tambien, porque una circunstancia imprevista acelerará el cumplimiento de tus votos.

Eduardo. Cómo?

Jenny. Qué dice? (*Aparte.*)

Amelia. Sí: acabo de prometer al médico que no retardaré mi viage á Italia, segun él tanto desea. (*A Jenny.*) Y ya puedes conocer que no te abandonaremos sin dejarte casada.

Jenny. Sin embargo, ya veis se necesita algun tiempo; yo no me atrevo, ni aun debo en ausencia de mi tutor.

Amelia. Tranquilízate. Revil ha escrito desde Marsella que se ponia en camino esta tarde, á nuestra fiesta; y en efecto, será general para todos.

Jenny. (*Aparte.*) Todo se conjura contra mí.

Eduardo. (*Aparte.*) Pobre Jenny!

Amelia. Yo vuelo á anunciar á Gustavo y á todos nuestros amigos...

Jenny. (*Deteniéndola.*) No.

Amelia. (*Mirándola fijamente.*) Qué te sucede?

Jenny. No tan pronto... Esta noche no.

Amelia. Por qué?

Jenny. (*Sin reflexionar en lo que dice.*) Puesto que tú te ausentas, yo no me caso. (*Eduardo la mira, ella se reprime de pronto.*)

Amelia. Cómo?

Jenny. Solo serviria para retardarte. No te ocupes de mí... parte á Italia. Yo me quedaré con mi tutor, y veremos mas adelante...

Amelia. Mas adelante!.. (*Eduardo, que manifiesta viva impaciencia, se apresura á interrumpirlas gritando.*)

Eduardo. Hola! ese ruido en el patio... un coche... el chasquido del postillon...

Jenny. (*Con alegria.*) Sin duda es mi tutor!...

Eduardo. El mismo: corro á recibirle.

Jenny. Ah! sí, vamos... no es verdad, hermana?

Amelia. Anda, anda tú. (*Jenny se marcha.*)

ESCENA IX.

AMELIA.

Mas tarde... Ya les comprendo... Porque no me he contenido en su presencia, creen ya que nada he visto ni adivino. Mas tarde... Y es Jenny!.. Oh! es horrible!... la hermana, engañar á su hermana!... asesinarla!... Sí, bien lo sabe... asesinarme. Estos diamantes y flores, no ocultarán á sus ojos la huella del mal que me consume. Y si en eso consiste (*Se arranca todos sus adornos*), ahora, ahora me verán. Oh! se gozarán en su obra, y yo les diré: me habeis asesinado!...—Ya llegan.

ESCENA X.

AMELIA. REVIL. EDUARDO. HORTENSIA. JENNY.

Rev. Venid, venid... estoy deseando... aqui está Amelia!..
Amelia. Amigo!... padre mio!...
Hortensia. Qué agitada está!
Revil. Vuestra frente abrasa!
Jenny. Y tus manos heladas! (*Cogiéndoselas.*)
Amelia. Dejadme.
Eduardo. Esas flores... Tal desórden... Qué teneis, querida amiga?
Amelia. Qué tengo? No me lo pregunteis!

ESCENA XI.

Dichos y DAUPRAT.

Eduardo. Eh! doctor; venid, acercaos.
Dauprat. Ya os lo previne; el calor, las luces...
Amelia. Sí, sí; eso es. Dispensadme que me retire, señores.
Jenny. (*Acercándose á Amelia para acompañarla.*) Amelia?...
Amelia. Qué me quereis? qué buscais? á qué venis aqui?
Jenny. (*Asombrada.*) Hermana, á asistirte.
Amelia. Ah! no... dejadme... Ah! Ah! (*Lanza un grito

como si se fuera á desmayar, y se precipita en su estancia.)

Todos. Gran Dios!

Jenny. Yo corro...

Dauprat. Quedaos, Jenny; no la exaspereis: Hortensia, Eduardo, seguidla. Interin yo... (*Eduardo y Hortensia entran en el cuarto: Dauprat busca lo necesario para escribir.*)

ESCENA XII.

REVIL. DAUPRAT. JENNY.

Revil. Qué significa todo eso? Qué ha sucedido durante mi ausencia?

Jenny. (*Llorando.*) Hermana... hermana mia!

Dauprat. No os aflijais.

Jenny. Ah, doctor! conoceis por qué acepta los cuidados de la señora Dauprat y desprecia los mios?

Dauprat. Caprichos de enfermos...

Revil. Cuanto digais será cierto; pero aquí no es solo su salud la que padece, se interesa tambien la parte moral, el alma.

Dauprat. A favor de un medicamento que voy á recetarla... Pero, y este secretér?

Jenny. Está cerrado.

Dauprat. Dónde está la llave?

Jenny. Yo la tengo.

Dauprat. Dádmela.

Jenny. Sí... tomadla. (*Se la da.*)

ESCENA XIII.

Dichos. EDUARDO *y* HORTENSIA.

Todos. Y bien?

Eduardo. Y bien. Nos ha despedido. Se ha obstinado en que volvamos á la sala de baile y la dejemos sola.

Hortensia. Y no nos hemos atrevido á contrariarla.

Dauprat. Perfectamente. La soledad, el reposo... eso la hará provecho, unido con lo que voy á recetarla. (*Abre el escritorio y se sienta á escribir.*)

Eduardo. Aunque no sea mas que por complacer á mi esposa, si gustais... aunque ya es bien triste nuestra fiesta...

Revil. Y para evitar las hablillas... si es forzoso que volvamos al salon... vos, Jenny, sobre todo, que sois su hermana, vuestra presencia bastará á disipar... Vamos... entraremos juntos.

Hortensia. (*A Revil en voz baja.*) M. Revil, tengo que deciros una palabra.

Revil. A mí? (*Ella le hace seña para que disimule.*) Ya voy. (*A Jenny.—Se van por la puerta del fondo.*)

Eduardo. Señora, acaso consiste en vos el reposo de una familia. Yo me fio en vuestra discrecion.

Hortensia. Fiaos mejor en mi corazon.

Eduardo. Gracias.

ESCENA XIV.

DAUPRAT. HORTENSIA.

Dauprat. (*Levantándose de escribir.*) Ah! esta es una receta... Pero, qué no vais con los demas, Hortensia?..

Hortensia. No... porque tengo que hablar con M. Revil.

Dauprat. Pero yo creo que el mejor medio...

Hortensia. Es una conferencia particular; y me parece que ya podeis...

Dauprat. Hola! con que incomodo?

Hortensia. Teneis una penetracion... Ah! aqui vuelve.

Gustavo. (*Al fondo á Revil á quien acompaña.*) Me prometeis?..

Revil. Contad conmigo, os repito, y volved mañana: Ya habré hablado á Jenny... Hasta mañana. (*Gustavo se va: Revil entra con celeridad y se dirige á Hortensia.*)

ESCENA XV.

Dichos y REVIL.

Revil. Señora, qué me queríais?

Hortensia. Cierto secreto que mi señor marido se empeña en escuchar, y por lo que me veré en la precision de dejároslo escrito.

Dauprat. Cómo se entiende?

Hortensia. (*Dirigiéndose al escritorio.*) Ya lo veis.

Dauprat. Eso es indigno.

Revil. Vamos, vos sois de un carácter razonable.

Hortensia. (*Dando á Revil la esquela que acaba de escribir.*) Tomad.

Dauprat. Y escribir sobre mi receta!...

Hortensia. Vamos, dadme el brazo.

Dauprat. Y aun tiene la audacia?...

Hortensia. Vamos...

Dauprat. Ya que es preciso.... No olvideis la receta. (*Sale de la escena con Hortensia.*)

ESCENA XVI.

REVIL *solo.*

Revil. Qué tendrá que revelarme con tanto misterio? Leamos... Oh, cielos!.. mienten mis ojos! (*Lee en voz alta.*) Amelia, inclinándose á mí, sin que la observara su marido, me ha dicho: «Conseguid de mi tutor que se lleve á Jenny muy lejos de aqui... se interesa en ello mi vida.» Jenny! cómo!... Amelia irritada contra su hermana!... Querer huir de ella!... (*Mirando la carta*) y sin embargo no lo solicita sino á espaldas de su esposo... Tiemblo adivinarlo!.. Qué responsabilidad tan grande me ocasiona semejante confidencia. (*Permanece entregado á sus meditaciones. Se abre pausadamente la puerta del fondo, entra Jenny y se dirige á la de la cámara de Amelia, escuchando con inquietud.*)

ESCENA XVII.

REVIL *y* JENNY.

Jenny. (*Aparte.*) Nada!.

Revil. Es preciso resolverse... es necesario... (*Se vuelve.*) Qué veo! Jenny escuchando á la puerta de su hermana con tan vivo interes! Jenny? (*Se acerca á ella y la toca en el brazo.*) Jenny?

Jenny. Ah!... mi tutor!

Revil. Venid.

Jenny. Reposa tranquila: no es verdad?

Revil. Al menos lo estará, porque yo pondré los medios para conseguirlo.

Jenny. Vos sabreis cómo!

Revil. (*Observándola.*) Antes necesitaria conocer la causa de su inquietud... No adivinais cuál sea?

Jenny. (*Con candor.*) Oh! sí.

Revil. Ah!

Jenny. Mi hermana, ah! señor.... mi hermana.... (*Llorando.*)

Revil. Qué?

Jenny. Me acusa y sospecha de mí... (*Bajando la voz.*) Amelia... Amelia está de mí celosa!...

Revil. Respondedme... con motivo?... Os ama Eduardo? le corresponde vuestro corazon?..

Jenny. Es preciso convencerla de que Eduardo no me ama. En cuanto á mí, jamas le he revelado mis sentimientos, aun en la época cuando podia llegar á ser su esposa.

Revil. Su esposa!

Jenny. Nada os ocultaré. Hace dos años cuando Eduardo fue presentado en esta casa; á mí fue á quien se dirigió en un principio, y cuyo corazon trató de cautivar.

Revil. Qué oigo?

Jenny. Silencio... por favor... (*Señalando al cuarto de Amelia.*) Sí, él me amaba, y la felicidad de mi vida consistia en su amor, cuando advertí que mi hermana, engañada por las apariencias, sin duda le adoraba tambien creyéndose el objeto de sus atenciones. Bien pronto el silencio de Eduardo la inquietó, y me confió sus penas. Juzgad de mi dolor... Amelia tan débil, tan enferma entonces, hubiera podido resistir al ver desvanecidas sus ilusiones? Desde entonces huí de Eduardo: me habló sobre esta mudanza, le contesté siempre con desdenes, procuré inclinarle hácia mi hermana, y dos meses despues ya era su esposo.

Revil. Es verdad, y algunas circunstancias que yo no sabia como descifrar entonces... Eduardo os ha escrito sin duda, y habreis tenido la imprudencia de conservar su carta y Amelia....

Jenny. Ah no; me ha escrito una sola vez, pero estoy segura que no la ha visto mi hermana.

Revil. Pero entonces, cómo ha descubierto?...

Jenny. Lo ignoro, mas esta es la verdad. Tenia ansia de abriros mi corazon á fin de justificarme á vuestros ojos, y para que no me desprecieis...

Revil. Despreciaros yo, Jenny! (*Se abrazan.*)

Jenny. Vos que para nosotras habeis sido un padre, volved la tranquilidad á esta familia. Trazadme la

conducta que debo seguir, obedeceré resignada; y pueda este sacrificio servir deex piacion al daño que, sin querer, habré causado á mi hermana.

ESCENA XVIII.

Dichos. AMELIA *en negligé, desordenados sus cabellos, que sale de su aposento.*

Amelia. Su hermana! que dice de mí.

Revil. Jenny, despues de lo que me habeis confiado no podeis permanecer aqui mas largo tiempo, os llevo al lado de mi esposa. Partiremos dentro de una hora.

Jenny (*Estremeciéndose.*) Dentro de una hora!

Amelia. (*Aparte.*) No quiere partir.

Revil. Dudariais?

Jenny. Oh, no!

Revil. Y desde ahora tratad de borrar las huellas de esa pasion desgraciada; hasta esa carta de que me hablabais.

Amelia. (*Aparte.*) Una carta!

Jenny. Cómo! exijis!...

Revil. Lo que la prudencia os deberia haber aconsejado... si vuestra hermana la hubiera hallado...

Jenny. Ah, os repito que era imposible. Guardada en una cajita que tengo escondida en ese escritorio.

Amelia. Alli... está abierto. (*Se dirige allí.*)

Revil. Valor. Pensad que una casualidad, una distraccion, la infidelidad de un criado.

Jenny. Obedeceré.

Revil. Voy á prepararlo todo, y antes de una hora estaré por vos para que partamos.

ESCENA XIX.

AMELIA. JENNY.

Jenny. La carta de Eduardo, el único consuelo... Aun este sacrificio.

Amelia. Ah! esta es sin duda. (*Se vuelve Jenny y ve á Amelia que trata de abrir la cajita.*)

Jenny. Cielos, Amelia!

Amelia. Y esto te admira.

Jenny. Entrar de ese modo...

Amelia. Yo tenia mis razones.

Jenny. Cuáles! Pero y qué haces con ese estuche? ya sabes que es mio.

Amelia. Por eso mismo.

Jenny. Qué buscas? déjala.

Amelia. Tú me lo impides?

Jenny. Hermana!

Amelia. Y por qué?

Jenny. Contiene papeles, bien insignificantes por cierto, pero donde yo he estampado sentimientos mios, mis pensamientos secretos.

Amelia Bien culpables serán, cuando no os atreveis á comunicarlos con vuestra hermana.

Jenny. Vuélvemela!

Amelia. Imposible, Jenny. No ignoras qué sospecha se ha apoderado de mi imaginacion, ya lo sabes. Dudar de tí, siempre... de una hermana. Mas valdria (*Vacilando un momento.*) aborrecerte. Buscaba una prueba... la encontré, la tengo en mis manos.

Jenny. Amelia! estoy en tu casa. No puedes burlar mi confianza robándome mis secretos.

Amelia. Por qué no? Tambien confiaba yo en tí, y cuál ha sido el pago?

Jenny. Amelia!

Amelia. Prueba qne me engaño, que estoy equivocada.

Jenny. ¿Pero de qué... ¿cómo...

Amelia. Cediendo á mi súplica. Mira, Jenny, me parece que en esto se encierra la felicidad de mi vida.. Yo te prometo, te juro que si nada encuentro se acaban mis sospechas, vuelve á renacer mi confianza, mi amor para contigo, sin reserva, como otras veces, cuando nos queriamos tanto... Ah! Jenny, te acuerdas? como entonces. Y bien, tú consientes, no es verdad? Sí... yo te lo suplico por el reposo de tu hermana, sí, Jenny mia, tú quieres, sí, tú quieres. (*Amelia va á abrir la caja.*)

Jenny. Espera.

Amelia. Todavía te niegas. Sabes que eso es confesar que... Y bien?...

Jenny. No sé qué responderte.

Amelia. Desgraciada! y yo que aun no creia!... Vete, vete de aqui; si otra vez te presentas á mi vista te deshonraria.

Jenny. Dios mio!...

Amelia. Vete... y toma. Aborrezco cuanto te pertenece.... toma (*Separa con fuerza la caja, y al caer se abre, dejando en el suelo una carta.*)

Jenny. Ah!

Amelia. Es de mi esposo! (*La levanta y la abre.*)

Jenny. Qué vas á hacer?

Amelia. Dejadme, dejadme. (*La aparta con violencia y lee.*)

Jenny. Yo muero... (*Se deja caer en un sitial medio desmayada.*)

Amelia. «Eduardo!... Bien lo sabia yo. (*Lee.*) «Jenny, vais á partir.» (*Dejando de leer.*) Qué significa esto! Esta fecha hace dos años... dos años, en el tiempo en que yo le confiaba los sentimientos de mi alma... (*Lee.*) «Vais á partir, y por qué? qué temeis?... no os he obedecido, no he guardado todos mis juramentos?..» (*Movimiento de cólera.*) Sus juramentos! «Me habeis prohibido os hable de un amor que yo me figuré sentiais tambien. Ah! perdonadme, Jenny, acaso os ofenda. Pero ya que estoy convencido, en el dia en que vuestras instancias y esfuerzos han logrado borrar esta pasion, no acierto á descifrar vuestra conducta y ese cambio repentino que ha destruido todas mis esperanzas.» (Esto es estraordinario, qué querrá decir?) (*Prosigue.*) «Esta union que tanto habeis deseado va á tener efecto; ella satisfará, deciais, vuestros mas ardientes deseos puesto que asegura la felicidad de vuestra hermana, y que ha de salvar su preciosa existencia....» (*Herida de un pensamiento rápido.*) Ah! (*Continua.*) «Vais á quedar complacida: mañana vuestros deseos se verán satisfechos. Amelia se llamará mi esposa, y todos seremos dichosos, sí todos, porque yo tambien amo á Amelia, como vos la amais, sobre todas las cosas.» (*Deteniéndose.*) Ah! Jenny, ah! (*Lee.*) «A Dios, á Dios, hermana, y ya que nada os puede obligar á que permanezcais á nuestro lado....» Ah! Todo lo adivino. (*Viendo á Jenny que se dirije á su encuentro llorosa y suplicante.*) Tú le amabas aun, cuánto has debido sufrir!

Jenny. Perdon, hermana mia...

Amelia. Perdon para mí! (*Se abrazan.*)

Jenny. Amelia!...

Amelia. Pobre hermana.... ah! dime que todo lo olvidas, que aun amas á tu hermana....

Jenny. Sí, hermana mia, como siempre te he amado.

ESCENA XX.

Dichas. REVIL. DAUPRAT. HORTENSIA. EDUARDO.

Revil. Ahora mismo partimos.

Amelia. Ah, no, no quiero que se ausente.

Todos. Amelia!

Amelia. Sí, á los pies de su hermana, porque nunca me humillaré lo bastante; mi vida es poco para lo mucho que la soy deudora.

Jenny. Calla, calla por Dios.

Revil. (*Aparte.*) Qué mudanza!

Dauprat. No es por alabarme, pero la cura es prodigiosa. Es preciso completar mi obra y para eso la conviene un viajecito á Italia.

Hortensia. (*Aparte.*) No son tan eficaces sus medicinas.

Revil. Es verdad y á vuestra vuelta hallareis á Jenny desposada.

Jenny. Partamos.

Amelia. Jenny! yo te dejaré mi hija. Tú sola cuidarás de ella, y á mi regreso unidas para siempre.

Jenny. Ah, yo lo espero.

Revil. A Dios... vamos. (*Se lleva á Jenny.*)

Amelia. (*Sosteniéndose en el brazo de su esposo.*) Eduardo!

Eduardo. Consuélate: yo quedo contigo y procuraré hacerte dichosa.

Amelia. Ah, te basta con amarme. (*En el momento en que Jenny va á salir, se vuelve para mirar á su hermana. Revil la obliga á marchar. Eduardo y Amelia se abrazan.*)

FIN

